

## Las microempresas como agentes de desarrollo en el sur

Agustín de Asís, Marc Labie, Carlos Mataix, Javier Sota  
CIDEAL, Madrid 2000

En una Revista dedicada a la Financiación de la Cooperación para el Desarrollo, no podía faltar una referencia a una publicación que profundiza en uno de los temas que más auge está teniendo en este momento: *Las microempresas como agentes de desarrollo en el Sur*. El libro, editado por CIDEAL, una institución con amplia experiencia de trabajo con los países del Sur, tanto en investigación como en ejecución de proyectos, entre ellos precisamente en la promoción de microempresas, presenta una aproximación a estas empresas como agente de desarrollo. El libro consta de un estudio general a cargo de Agustín de Asís, un análisis de los microcréditos desde el punto de vista financiero realizado por Marc Labie, y aborda el papel del Estado y los organismos internacionales, en un capítulo escrito por Javier Sota. Finalmente, Carlos Mataix presenta los programas de apoyo a la microempresa, todo ello con la intención de ayudar a mejorar lo que es un eficaz instrumento de ayuda al desarrollo.

En un contexto en el que la tan traída y tan llevada globalización ha llevado la lógica de mercado hasta ámbitos públicos, como señala Manuel Gómez Galán en el prólogo del libro, los microcréditos parecen haberse convertido para muchos en una especie de panacea para curar todos los males de los sectores más desfavorecidos de la población. Los microcréditos, las microempresas, las microfinanzas... están conociendo un enorme auge en los últimos tiempos, tanto desde las ONGD como desde los sectores públicos y los organismos internacionales que los financian.

Este auge se debe en parte a los cambios que se han producido en la forma de considerar el desarrollo. Por un lado, como hemos señalado, la lógica de mercado se impone en cada vez más parcelas de la vida moderna, en los países del Norte como en los del Sur. Por ello, se considera que la mejor forma de que los sectores más pobres de la sociedad consigan una forma de vida digna es incorporarlos a la economía productiva. Además, una gran parte de la población sobrevive gracias a la economía informal, en pequeñas empresas familiares, talleres, parcelas de explotación agrícola, que sólo generan lo justo para sobrevivir, dentro de una economía informal. Muchas veces, una pequeña inversión podría ser suficiente para conseguir una formalización de la empresa, y una cierta estabilidad.

En relación con esto, y siguiendo a Gómez Galán, se ha pasado de considerar esta economía informal, estas pequeñas empresas, como un motivo de atraso para los países, a considerarlas una riqueza que hay que aprovechar, ya que son las que dan empleo a gran parte de la población. Precisamente, una solución para integrar a esa población en el ciclo económico productivo y asegurarles unos ingresos y un modo de vida digno puede ser formalizar los pequeños negocios apoyando a las microempresas.

Por otra parte, se considera que el desarrollo depende en última instancia de los propios interesados. De la misma forma que se estima que los países receptores tienen algo que decir en cuanto a su desarrollo, según el nuevo enfoque de “Asociación para el Desarrollo” que propugnan instituciones como la OCDE a través de su Comité de Ayuda al Desarrollo, son los propios beneficiarios los que deben responsabilizarse de su desarrollo. Por ello, se potencian las microempresas, por las que los propios interesados buscan una forma de obtener ingresos estables para ellos y sus familias.

Sin embargo, no basta con otorgar un pequeño crédito para que la empresa funcione, consiga comercializar sus productos y mantenerse en un entorno de creciente competencia. Por ello, una reflexión como la que nos ofrecen Asís, Labie, Mataix y Sota es imprescindible para centrar las actuaciones de los donantes y de los receptores en materia de microempresas y microcréditos. Como señalan los autores, el éxito de las microempresas necesita unas mínimas condiciones de organización e inversión, así como una capacitación que podría ser proporcionada por las agencias donantes, que dejarían de ser meros financiadores para dar también asistencia técnica. También las instituciones que gestionan los microcréditos deberían cambiar, aumentando su autonomía para proporcionar mayor acceso a quienes más los necesitan.

En resumen, el prefijo “micro-” no asegura el éxito de un negocio, ni llegan a todos cuantos lo necesitan. Para ello hace falta reflexionar sobre todos los componentes de este instrumento y adaptarlo a las particulares condiciones de los receptores.

*Elena Pérez-Villanueva*